

cuesta nacional de hábitos alimentarios —denominada ENHALI-2012 a lo largo de la obra— encuentra su sentido.

La obra es un análisis de los resultados de la encuesta, entre los múltiples análisis posibles. Seguramente los propios autores —u otros investigadores, en la medida que se ponga a disposición el archivo de microdatos— encontrarán otras líneas de análisis a partir de ese mismo material empírico, cuya riqueza deja forzosamente un amplio margen por explotar. Por lo tanto, esta obra puede valorarse por lo que es —un nuevo punto de partida y, por lo tanto, un salto cualitativo en la sociología española de la alimentación— y por las preguntas que se derivan de ella, encuadrando el futuro de esta específica área de la disciplina.

Javier CALLEJO  
mcallejo@poli.uned.es

---

### *Radical Sociality: On Disobedience, Violence and Belonging*

**Margarita Palacios**

(London, Palgrave, 2013)

El contrato social basado en intercambios recíprocos es una poderosa imagen en el pensamiento moderno. Para el liberalismo clásico esta noción es un importante medio para explicar la emergencia de la sociedad, la que sería resultado del consentimiento de los sujetos hacia un orden normativo y moral que limitaría sus pasiones y marcaría la pacificación de las relaciones humanas. En última instancia, lo social sería el momento de superación de un estado de naturaleza esencialmente violento. Es bien sabido que esta formulación dicotómica nunca satisfizo a los teóricos sociales clásicos. Para autores como Max Weber, Émile Durkheim y Karl Marx, la formación y operación de lo social se encuentra inevitablemente atada a formas de exclusión y violencia. En Weber, esta ambivalencia toma la forma racionalizada del monopolio del uso legítimo de la violencia física en manos del Estado en el contexto de una sociedad secularizada; en Durkheim, es parte de las dinámicas culturales de producción de sentido y se expresa bajo la forma de la anomia, mientras en Marx posee una realidad estructural asentada en la fisura constitutiva entre trabajo y propiedad («acumulación originaria») que se repite, intensifica y actualiza bajo nuevas formas socio-históricas. Pese a ello, la literatura sociológica no ha escapado a visiones reduccionistas. Por ejemplo, cuando la violencia es comprendida dentro del restrictivo marco de la racionalidad instrumental de medios-fines; cuando se estudia como evento extraordinario que irrumpe el orden simbólico, adelgaza el compromiso moral de los sujetos y suspende la solidaridad social; o bien cuando su carácter estructural se afirma como fundamento para una crítica a la sociedad presente pero luego se suprime en la imagen futura de una sociedad poscapitalista.

El libro *Radical Sociality* (2013) de Margarita Palacios busca resituar la pregunta por la violencia en el seno de lo social y explorar el potencial de una crítica que sea capaz de pensar en un mismo nivel la «presencia inescapable del poder» y el «fracaso inevitable del poder» en la vida social (p. 168). El planteamiento central es que la violencia constituye una forma de socialidad y no la suspensión, transcendencia o ausencia de la misma. En sentido estricto,

el fundamento y la lógica de operación de la violencia no es a-social (o incluso anti-social) sino que se inscribe en las mismas dinámicas de producción de sentido que son la base para alcanzar una existencia en común con otros. Así, el libro propone ubicar la pregunta por la violencia y su crítica en el «medio» de la inevitable y «paradójica experiencia de inclusión y exclusión que acompaña a toda formación social» (p. 3). Para teorizar este espacio intermedio, el libro toma y pone en diálogo contribuciones de la teoría social (teoría clásica, sociología cultural, feminismo y poscolonialismo), la filosofía (hermenéutica y fenomenología) y el psicoanálisis (Freud y Lacan).

Más concretamente, la ambición de Palacios consiste en reconsiderar y hacer confluír tres niveles de análisis que comúnmente son considerados por separado en los análisis sociológicos más convencionales sobre la violencia:

- i) el *lugar estructural de la violencia* en todo modo de existencia que se constituye en y como «relación» con un otro, es decir, el encuentro entre identidades que no están naturalmente unidas y cuya relación requiere esfuerzo para ser sostenida;
- ii) la *historicidad de la violencia* asociada a la apertura de los procesos de generación, estabilización y transformación de significado que dan forma a las identidades políticas y sociales, así como a sus manifestaciones institucionales;
- iii) la *dimensión libidinal de la violencia* en tanto experiencia física y emocional del cuerpo propio y del otro que no es reducible a la operación del lenguaje, de la racionalidad o de intereses estratégicos.

La tesis central de Palacios es que la experiencia del conflicto y la violencia constituyen una forma de socialidad y no algo que la niega. Entonces, si asumimos la proposición de que «socialidad» y «violencia» son fenómenos co-origenarios (y por tanto rechazamos que uno sea realidad a priori, fenómeno subordinado o forma distorsionada del otro), el problema inicial que enfrentamos es de naturaleza conceptual. ¿En qué consiste la comprensión de la propia noción de socialidad y, tal como propone el libro, el intento de «radicalización» de la misma? (p. 5). Una aproximación instructiva la hallamos en Georg Simmel, cuyo trabajo, a pesar de no ser discutido en el libro, posee una intuición fundamental que Palacios parece compartir:

Al igual que el cosmos, para tener forma, [la sociedad] necesita «amor y odio», fuerzas de atracción y repulsión, la sociedad necesita un combinado de armonía y disonancia, de asociación y lucha, de simpatía y antipatía para definir su forma. Y estos binomios en modo alguno son meros pasivos sociológicos, factores negativos, que la sociedad habría de superar para poder existir; la sociedad es, efectivamente, el resultado [...] tanto de las tendencias unitarias como las disgregadoras [...] (Simmel, [1904] 2013: 19).

De acuerdo a esta formulación, lo primero que debemos descartar de plano es pensar la socialidad como equivalente a unidad, acuerdo o cohesión entre subjetividades y elementos puramente sociales. La noción de socialidad toma en serio la idea de que lo social es una *forma de relación* y, en esa medida, es un principio de co-existencia en el mundo entre entidades cualitativamente distintas y plurales. Entendida así la socialidad consistiría en una «experiencia radical», puesto que opera a la vez como un modo de proximidad y un modo de separación entre entidades que no están destinadas a tener una existencia ligada a prio-

ri. La radicalidad a la cual Palacios refiere en el título de su obra aparece condensada en la evocadora proposición que atraviesa los siete capítulos que componen el texto: «la socialidad nunca muere» (pp. 5, 168). Una manera de desempacar esta conceptualización de la socialidad es diferenciando al menos tres maneras en que su significado es formulado en el libro. En primer término, la socialidad hace referencia a un espacio de apertura a otro, una fisura constitutiva que divide uniendo y separa juntando y que, por tanto, es fuente tanto de inclusión como de exclusión (la «ambigüedad» de lo social). En segundo lugar, la noción de socialidad indica la imposibilidad de clausura del mundo social como una unidad esencial y totalidad idéntica consigo misma, así como también enuncia las perplejidades asociadas a los intentos por cubrir, cerrar o desmantelar el espacio que la socialidad deja abierto (la «incompletitud» e «indeterminación» de lo social). Y, en tercer lugar, la noción de socialidad plantea la elusividad intrínseca de las relaciones sociales en la medida que las dinámicas de inclusión/exclusión que le son propias no son nunca aprehensibles totalmente por medio de la superficie del lenguaje puramente conceptual («indecibilidad» de lo social). Lo que es común a estas tres dimensiones del término es su clara referencia a un terreno o «espacio generativo» en el que nos constituimos como sujetos que producen sentido, aparecemos ante y actuamos con otros, y podemos convertirnos tanto en amigos como en enemigos.

El desafío que *Radical Sociality* plantea es precisamente teorizar y mantener abierto este espacio de «ambigüedad», «incompletitud» e «indecibilidad» de la vida social. La convicción de base es que esto es lo que permite elucidar dos cosas: nuestra comprensión de la expresión histórica y contingente de la violencia, así como el potencial de desobediencia y crítica que se halla inscrito en la operación del poder. En virtud de tal propósito, la estructura del libro puede ser reconstruida en torno a tres problemáticas: i) el *problema ontológico* acerca de cómo teorizar este lugar desde el cual emerge, se hace posible y expresa la violencia (capítulos 1 y 2), ii) el *problema fenomenológico* acerca de cómo observar, comprender y explicar las manifestaciones plurales, paradójicas y vicisitudes de la violencia (capítulos 3, 4 y 5), y iii) el *problema ético-político* acerca de cómo podemos responder ante las perplejidades de la violencia y actualizar una crítica a esta (capítulos 6 y 7).

En relación al *problema ontológico*, Palacios elabora en los dos primeros capítulos la noción de «espacio vacío» (*void, blank space*) de inspiración heideggeriana, la cual describe la ruptura entre «ser» y «lenguaje» sobre la cual se asentaría lo social. La apertura de este «espacio abisal» es conceptualmente significativa, pues es la condición existencial que abre la posibilidad de simbolización y producción permanente de sentido. En definitiva, es lo que inaugura los procesos de interpretación y estabilización de significados, al tiempo que imprime en nuestra existencia la señal inequívoca de incompletitud y parcialidad de toda forma de identidad, tal como sugieren la hermenéutica de Ricoeur y el deconstruccionismo de Derrida. Esta incompletitud que caracteriza a todo proceso de formación de significado es la base para teorizar la *imposibilidad* de cierre de lo social como una unidad consistente consigo misma, así como la *posibilidad* de la desobediencia, desplazamiento y reinterpretación de los significados consolidados. Lo que interesa a Palacios, sin embargo, no es la mera dimensión lingüística de la indeterminación de los procesos sociales de significación sino cómo este aspecto se conecta con la fisicalidad del cuerpo y sus afectos. Palacios retoma aquí la formulación de Lacan de la experiencia de la «falta» para argumentar que «la apertura irreducible de la vida social» (p. 15), la imposibilidad de un cierre definitivo, se corresponde psicoanalíticamente con la «angustia» existencial del sujeto. En efecto, el sujeto constituye su identidad en la brecha entre deseo y goce, y, por lo tanto, en el intento permanente por cubrir y cerrar ideológicamente esa brecha. Esta comprensión

de la vida social como fundada sobre el espacio de una escisión, según la interpreto, permite poner en marcha la teorización de un doble movimiento: por un lado, la violencia como un modo de arreglárselas con la experiencia de la falta o fisura constitutiva y, por otro, la posibilidad de disputar la estabilización del poder y las formas de exclusión que caracterizan toda formación social. Son precisamente estos dos momentos a los que Palacios destina el resto de *Radical Sociality*.

Así, los capítulos intermedios del libro esbozan elementos para una *fenomenología de la violencia*. El argumento es que al examinar las expresiones concretas de la violencia, se evidencia que el concepto no describe un fenómeno unitario y fijo. En efecto, Palacios sugiere que la violencia no solo se manifiesta en actos de exclusión de otros —como es característico del antagonismo político, la retórica nacionalista, patriarcal y racista— sino que también se expresa en formas de relacionarse y estar junto a otros en las cuales, sin embargo, existe un déficit radical de reconocimiento —como parece ser el caso de ciertas formas contemporáneas de violencia juvenil—. Para identificar y comprender estas distintas lógicas de operación de la violencia en relación a la experiencia de la falta, Palacios propone reconsiderar las nociones psicoanalíticas de «fantasía» y «melancolía», las que son raramente consideradas por la teoría social.

El mecanismo de la fantasía consiste en la producción de una narrativa trascendental que, movilizada por una promesa de completitud, otorga coherencia y estabilidad a una identidad que en esencia es incompleta y frágil. La fantasía busca llenar y cubrir el vacío existencial por medio de la sobreproducción de significado en la cual el «otro» se «proyecta» como amenaza y se construye como objeto de odio; la exclusión violenta del otro deviene entonces en fuente de goce. Dentro de esta lógica, el otro es tanto la fuente de identidad del sujeto como la fuente que desestabiliza la identidad del sujeto —la violencia racial y la violencia política (por ejemplo, discurso anti-comunista) son casos paradigmáticos de esta dinámica—. Ahora, si asumiéramos que todas las formas de violencia siguen dicha lógica, sería difícil comprender aquellas manifestaciones en las que no hay exclusión del otro sino que la generación de una forma particular de estar-juntos, un tipo de socialidad en la que no existe «ni amor ni odio», más bien «escaso apego y una pobre identificación» (p. 120). Esto es lo que caracteriza, según Palacios, a ciertas expresiones de violencia juvenil urbana, especialmente en Latinoamérica, en cuya lógica la falta no se llena con significado (como en la «fantasía») sino que se «introyecta y expone en su vacuidad como una forma de muerte común del *self* y del otro» (p. 58). Esta lógica de la violencia estaría más bien gobernada por la «melancolía»: una aceptación de la imposibilidad de completitud (del objeto deseado).

Más allá de las diferencias, la tendencia que ambas lógicas ponen en juego es el aparente cierre (no abolición) del espacio de la socialidad, el «entre» que configura la distancia que reúne y separa *alter* y *ego*. Si ello es así, la pregunta es cómo confrontar las perplejidades de la violencia sin caer en la tentación de llenar ese espacio con fundamentaciones normativas o con absolutismos ideológicos; este es el *problema ético-político* que guía la parte final del libro (capítulos 6 y 7). La estrategia propuesta por Palacios consiste en volver la mirada al dualismo entre víctimas (pasivas) y victimarios (activos) que tiende a informar las respuestas políticas hacia la violencia y la experiencia del trauma, con el propósito de desencializar ambas posiciones. A ello apunta, en particular, la introducción de la figura de un tercero que observa: el «testigo» de la violencia, el dolor, el sufrimiento y la crueldad. El testigo no es alguien totalmente externo, neutro o inocente (es parte de la escena socio-cultural de cons-

trucción de sentido), ni tampoco una identidad fija o fácilmente delimitable (tanto víctimas como victimarios pueden asumir esa posición). De hecho, la figura del testigo no está libre de caer en las trampas de la fantasía o la melancolía, y de replicar así la lógica de la violencia que observa (al universalizar el dolor propio o invisibilizar el de otros).

El punto central, sin embargo, es la conexión teórica que Palacios busca establecer aquí entre la figura del testigo «afectado» por el dolor del otro y la experiencia de la angustia (teorizada al comienzo del libro como correlato corporal de la condición existencial del vacío) que impide representar discursivamente la violencia. La figura teórica del «testigo angustiado» es la de quien observa las perplejidades de la violencia sin «llenar el vacío con significado» (p. 154). Lo llamativo de la propuesta de Palacios es que tal posibilidad descansa en un «gesto estético» cuya operación instituye una «distancia» que muestra, revela y des-oculta los significados y hegemonías establecidas. Mi intuición es que tras la elusiva problematización de la figura del testigo se esconde el intento de Palacios por delinear algo así como una ética de la observación.

La ética de la observación que *Radical Sociality* plantea hacia el final puede ser leída como una respuesta al problema de cómo sostener una posición y orientarse en un mundo sin fondo. No obstante, en la propuesta de una ética como estética de la distancia el libro halla su propia indeterminación. Dicha ética está condenada a permanecer en estado de (im)potencia política si el ejercicio de *observación* se erige desconectado de la demanda moral de *juzgar* los traumas de violencias pasadas y presentes y, por lo tanto, del horizonte para la *acción* que inescapablemente se abre en el «medio» de un mundo ya fisurado.

## REFERENCIAS

Simmel, Georg ([1904] 2013). *El conflicto: Sociología del antagonismo*. Madrid: Sequitur.

Rodrigo CORDERO  
rodrigo.cordero@udp.cl

---

### *Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000)*

**Josep Picó y Juan Pecourt**  
(Barcelona, RBA Libros, 2013)

Josep Picó ha venido y sigue siendo en el ámbito de la sociología española un auténtico «hombre tranquilo». Sin aspavientos y con laudable y callada tenacidad, ha publicado a lo largo de su dilatada carrera un buen número de valiosas obras dedicadas al Estado y la cultura del bienestar, la modernidad y sus sacudidas críticas y la historia intelectual (sin olvidar su importante presencia en su día al frente de la Institución Valenciana de Estudios e Investigación, vinculada con la cual se hallaban las impagables ediciones de la colección Alfóns